

Tenia, pues, que tomar un partido enérgico, bajo la pena de perder todo mi prestigio en el espíritu de Paula.

Aquella tarde, después de la comida, me propuso que la acompañase á casa de la señora de Blangy, á la que no había visto hacia dos días. Acepté, más al llegar á la puerta de la condesa, pretexté una súbita jaqueca, que me obligaba á tomar el aire, por lo cual la dejé sola en casa de su amiga, prometiéndola volver á buscarla.

Apenas me hube separado de ella, regresé precipitadamente á mi domicilio; penetré en el cuarto de Paula, quité, uno por uno, todos los tornillos del odiado cerrojo con un instrumento que adquiriera durante el día, partí cada tornillo, dejando solo las cabezas y aseguré otra vez el cerrojo de un modo ficticio, aprovechando los mismos agujeros que antes había y las cabezas de los tornillos.

Paula no podía apercibirse de mi estratagema; el cerrojo quedó aún bastante sólido para poderse correr, pero las cabezas de los tornillos, sostenidas solo por un pedacito de rosca, debían ceder á la menor presión hecha desde la parte de afuera.

Cuando una hora después fui á reunirme con mi mujer, la encontré en el tocador de la condesa, medio tendida sobre un diván al lado de su amiga.

Por más que mi llegada era cosa prevista se me figuró que había sorprendido á aquellas señoras y más tarde pensé que llegué en el preciso instante en que iban á cambiar sus confidencias; los ojos de Paula estaban húmedos y cansados como de haber llorado, y noté más animación en el rostro de la condesa.

Acompañando á mi mujer, y luego en nuestro salón, excuso deciros si renovaríais mis súplicas de los días precedentes. ¡Hubiera sido tan dichoso al no tener que recurrir á medios extremos, y dejarla ignorar siempre de los trabajos de cerrajería que acababa de practicar!

Pero se mostró más fría, más seca, más indiferente que nunca.

Si me hubiese dirigido una sola frase de esperanza, mirado una sola vez con ternura, ó prometido algo, aunque de una manera tácita, renunciara yo á mis designios.

Pero nada; ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada. Parecía que aquella noche ni siquiera advertía que yo la hablaba y que estaba á su lado; jamás la vi tan despegada ni tan ensimismada.

Nada, pues, podía detenerme. La dí las buenas noches, y penetré en su habitación. Dejé transcurrir una hora, para que tuviese tiempo para desnudarse y quedarse dormida.

Después, tembloroso, febril, pálido como un malhechor, me dirigí hácia la puerta de su alcoba.

Como lo había previsto, el cerrojo cedió y la puerta abrióse sin ruido.

IX

Entré.

¡Pero cual fué mi sorpresa al ver á mi mujer vestida como una hora antes y leyendo ante la chimenea!

Volvióse indolentemente, al oír el ruido que yo había hecho, y me dijo con gran calma:

—Os estaba esperando.

Conseguí dominar mi emoción, y, apoyándome en la chimenea frente á Paula, dije á mi vez:

—Y ¿por que me esperábais?

—Por que el cerrojo de mi puerta, cayendo á mis pies en el momento que lo corría, me reveló vuestros proyectos ¿no es cierto que sois vos el que se ha dedicado á esos trabajos de ladrón ó de amante?

—O de marido,—contesté,—aunque estos raramente se ven obligados á emplear semejantes medios. Sí, yo fui.

—¿Lo confesáis?

—Lo confieso—respondí con firmeza.—Mi papel aquí es ridículo, y he resuelto no continuar representándolo.

—¿Qué esperábais, pues, si yo no hubiese advertido vuestra estratagema?

—Probaros mi amor.

—¿Haciéndome violencia?—replicó Paula sonriendo con desdeñosa expresión.

—Sí; haciéndoos violencia, si me hubiéseis rechazado; pero Dios me es testigo, de que antes de llegar á este extremo lo intenté todo para enterneceros. Ni mi paciencia, ni mi delicadeza, ni mis ruegos consiguieron conmoveros.

—Creed que en este momento estoy más conmovida que nunca.

—No sabéis nada; de todos modos, vuestra conducta de esta noche me indignó y, os declaro, para que no vuelva á repetirse el caso, que en adelante todas vuestras tentativas serán inútiles.

—¡Ahl ¿Y es mi conducta de esta noche la que hace que toméis esa determinación?

—Sí.

—¡Eso no es verdad!—exclamé con violencia—hasta hoy no tenéis nada que echarme en cara: os colmé de atenciones, de cuidados, de desvelos, y no tuvisteis compasión de mí. ¿Qué motivos tenéis para obrar con ese rigor? ¡Quiero saberlo!

Paula no me contestó y entonces yo, presa de una excitación nerviosa imposible de describir, la cogí por las muñecas, se las apreté con fuerza, haciéndola levantar y la dije:

—¡Responded, lo exijo!

—¡Me hacéis daño!—dijo.

—¡Respondedme, quiero que respondáis!

—¡Pues bien; nó, no responderé! Jamás la violencia

será una razón para mí; no me conocéis aún. Aprended á conocerme; esto os servirá para el porvenir. Lo que quiero, lo quiero con toda mi alma; lo que no quiero, no puedo jamás consentirlo. Vuestra fuerza se gastará contra mi voluntad y esponéis á sostener una lucha inútil.

Mientras tanto que Paula se expresaba con esta dureza y cada palabra suya se me clavaba en el corazón, ¿lo creeréis amigo mío? mis ojos no se saciaban de contemplarla y admirarla.

Sus largos cabellos, destrenzados, caíanla sobre los hombros, veía palpar su pecho por entre la abertura del corpiño que apenas lo cubría; sus ojos tenían unos ardors que yo no conocía, y, á través de sus labios más rojos, más sensuales que nunca, aparecía la encantadora dentadura, que la colera hacía entrechocar.

—¡Ah, que hermosa eres!—exclamé con pasión, y, olvidando cuanto me dijera, junté sus dos manos en mi izquierda, y teniéndolas sujetas, traté con la derecha de aproximar su cara á mis labios. Pero luchó con tanta energía y desplegó tanta fuerza para sustraerse á mis ataques, que consiguió muy pronto escaparse de mis brazos, mientras que yo, rendido y quebrantado me desplomaba en el sillón en que había ella estado sentada antes.

Entonces, como mofándose de mi derrota, se cruzó de brazos y me dijo:

—¿Creéis aún conseguirme por la violencia?

—¡Me odiáis!—esclamé trastornado y con las lágrimas en los ojos.

Esto es lo que pasa en la mayor parte de las crisis nerviosas; el enternecimiento sucede á la cólera.

La extraña joven, conmovida acaso al ver mi dolor, enternecida, sin duda, como yo lo estaba por la lucha que acababa de sostener, tomó un taburete, acercólo á mi butaca y sentándose, me dijo:

—No, no os odio.

La miré; sus ojos habían recobrado la expresión en ellos habitual, tiernos y cariñosos.

—¿Si es así, si no me odiáis, porque me hacéis sufrir de este modo?

—No me interrogéis sobre este punto,—me replicó con dulzura—os aseguro que no puedo responderos. Pero, lo juro, lejos de odiaros, siento por vos una verdadera afeción; aprecio todas vuestras cualidades, os estoy agradecida por todas vuestras deferencias, y, para seros franca, os confieso que no os guardo rencor por vuestras tentativas de esta noche, y vuestras violencias de hace un momento. Soy demasiado inteligente, creedme, para no explicármelas y escusarlas.

—¿Y por que—la dije—no me hablasteis con tanta dulzura y razonando así?

—Por que tuve miedo de que os equivocáseis acerca la naturaleza de los sentimientos que me inspiráis y de alentar un amor al cual no sabría como corresponder.

—Estas últimas frases, querida Paula, no están de acuerdo con lo que digisteis hace un momento. Si reconocéis que poseo ciertas cualidades, si sentís por mi una verdadera afeción, puedo confiar que...

—No, no,—dijo interrumpiéndome con vivacidad—no debéis esperar nada, y este es el motivo justamente por el cual vacilé antes de abriros mi corazón: tenía los razonamientos que expusisteis.

—Confesad que son muy lógicos.

—Muy lógicos, convengo en ello; y á no ser por eso, jamás los habría temido.

—No os comprendo.

Paula guardó silencio.

—Veamos,—continué, queriendo aprovecharme de las buenas disposiciones en que parecía encontrarse,—tened confianza en mi ternura. No es el marido el que os habla, y de todos modos lo soy bien poco, es un amigo, que os tratará con exceso de indulgencia. Puede que tengáis

en el fondo del corazón uno de esos amores de niña, entre primos, por ejemplo, amores á los cuales se dá una importancia exajerada. Pues bien, si es eso, lejos de echároslo en cara, os trataré como á una niña enferma, os prodigaré mil cuidados y esperaré á que estéis curada.

—No,—respondióme—no es eso.

—Entonces buscaré y...

—No encontraréis. Es preferible para vos que no encontréis. Decíais: «será lo que sea» y tomad vuestro partido.

—Partido imposible de tomar, querida, soy vuestro marido, al menos legalmente, aunque no lo soy de hecho.

—Nuestro casamiento no dependió de mi; os empeñásteis en realizarlo contra viento y marea. Apelo á vuestros vuestros recuerdos: me encontrasteis por la primera vez, una tarde en los Campos-Elíseos; ¿volví la cabeza para miráros? ¿Tenéis que reprocharme alguna coquetería? No. Fuisteis á casa de la señora de Blangy; la hablasteis de vuestros proyectos... ¿que os respondió?—«Paula no os conviene, renunciad á ella»—A pesar de esto os hicisteis presentar en mi casa; os captasteis las simpatías de mis padres... ¿podía yo cerraros las puertas de una casa en la que no era la dueña? Me contenté con daros pruebas de una frialdad que no sentía, por que, lo repito, me fuisteis simpático desde el primer día. Transcurrieron tres semanas y pedisteis mi mano. Toda mi familia se puso de acuerdo para persuadirme de que me conveníais bajo todos aspectos y no lograron convencerme, y hasta yo misma estaba de ello convencida. Resistí, sin embargo, y mi padre, que me había visto rechazar á tres pretendientes sin dar un pretexto plausible, comenzó á incomodarse y á amenazarme con el convento. ¡El convento! ¡Verme encaustrada á los veinte años, yo, yo que no tengo ideas religiosas!—Tuve miedo y acabé por decir á mi padre:—«¡Hágase vuestra voluntad!»—Pero á vos os dije:—«Renunciad á este casamiento; yo no puedo [negarme, pero vos podéis

retiráros. Merecís ser dichoso y yo no puedo contribuir á vuestra dicha.» En lugar de fijar vuestra atención en mis palabras, no les disteis la importancia necesaria; empeñándoos en tomarme por una niña que desconoce por completo la vida, y con esa fatuidad propia de algunos hombres, no dudasteis que os haríais amar y os casasteis. Juzgad vos mismo: ¿fué la falta mía? ¿Podéis echarme en cara lo que os sucede?

—Entonces,—repliqué después de un rato de silencio; —por haberos amado hasta el punto de desoir todas las advertencias, héteme condenado á perpetuidad al más espantoso de los suplicios: al de Tántalo.

Tomóme Paula una mano, que no tuve valor para apartar de la suya, y me dijo:

—Ese suplicio no será tan penoso como pensáis, porque sabré mitigarlo á fuerza de ternura. Si yo no os amo tal como quisierais ser amado, tampoco amaré á nadie. Lo juro, porque sois el solo hombre que pudiera haberme gustado. No tendréis que reprocharme ninguna coquetería para con vos, ni para ninguno de los amigos que pudierais presentarme, y mi vida, si así lo deseáis, se deslizará entre mi madre, vos y la condesa de Blangy. El mundo puede creeros el marido más dichoso y amado, tantas serán las pruebas de cariño que os daré y los cuidados de que os rodearé. En fin, seré para vos la más cariñosa y la mejor de las hermanas.

Reflexioné durante largo rato acerca de todo cuanto había oído; procuré considerar con frialdad la situación en que quería colocarme mi mujer, pero, de pronto, empezó á hervir mi sangre, se sublevó mi carne, y levantéme exclamando:

—No; jamás aceptaré el trato que me proponéis. Os amo con pasión, con delirio, y no podría vivir á vuestro lado como un hermano. Me casé con vos para que fueseis mi mujer, y es preciso que lo seais.

—¡Ahl—repliqué Paula.—¡Bien me decían que todos los

hombres son egoistas y materiales! ¡No valéis más que los otros! Pues bien; os lo repito: aceptéis ó no lo que os propongo, jamás seré vuestra. Lo he dicho, y os suplico, entretanto, que me dejéis; tengo necesidad de reposo, estoy fatigada y creo que, aunque tengáis pretensiones de ser marido, me imagino que no pensaréis convertiros en un tirano.

X

Paula se equivocaba. Me convertí en tirano.

¿Qué miramientos tenía que guardar? ¿Me había dado alguna esperanza? ¿Podía yo pensar que con el tiempo triunfaría de su resistencia y llegaría á conmover su corazón? No; habíase explicado sobre el particular con la mayor claridad y hubiera sido yo un insensato haciéndome nuevas ilusiones. Estaba condenado sin apelación y sin esperanza alguna de indulto á perpetuo celibato.

Me convertí, pues, en un tirano, pero tirano sin convicción, sin firmeza, con intervalos de furia y bruscos retrocesos á la dulzura y mansedumbre. Fué una tiranía intermitente.

¡Ah, querido amigo, no me reprochéis mi debilidad ni mi falta de energía! ¡Es tan difícil tener un rigor continuo con la que se adora!

Mi primer acto de autoridad fué ocuparme de la cuestión cerrojo.

—¡Trabajo perdido!—me diréis.—El trabajo de cerrajero á que os dedicásteis durante el día... ¿de qué os sirvió?

No era la puerta del cuarto la que debíais descerrajar, si no el corazón de vuestra esposa!

Tenéis muchísima razón. Pero no pudiendo vencer las resistencias morales, me complacía en vencer las materiales. No quería que se levantasen barricadas en mi casa y quería entrar, siempre que se me antojase, en el único dormitorio de que disponíamos.

Cojí del suelo el cerrojo caído y guardelo en mi bolsillo.

¡Cosa extraña! El mismo día y sin que entrase obrero alguno en mi casa, pude ver un nuevo cerrojo, de los llamados de seguridad, ocupando el sitio del antiguo. ¿Quién lo había puesto?

Indudablemente, mi mujer, sin decir una palabra arreme de mi destornillador, y deshice lo hecho.

Al otro día apareció un nuevo cerrojo, que siguió la suerte de los otros dos convirtiéndome yo en coleccionador. Mi mujer no cedió hasta el séptimo; debió, sin duda, agotar el surtido del quincallero de la vecindad.

Por fortuna nuestra, todas estas operaciones quedaban entre nosotros, y se sucedieron lejos de las indiscretas miradas de los criados. Para estos continuábamos siendo el matrimonio más feliz de la tierra, tanto era lo que procuraba Paula colmarme de atenciones delante de ellos.

Jamás una palabra, ni un gesto, pudo hacerles adivinar nuestras querellas intestinas. Me complazco en tributar homenaje á la señorita Giraud: es el único que puedo tributarla.

¿Usó luego alguna estratagemá para reemplazar su séptimo cerrojo? ¿Encontró manera original de fortificarse y sustraerse á cualquiera visita intempestiva? Durante largo tiempo no lo supe. El resultado de mi primera campaña me hizo reflexionar; vacilé mucho antes de exponerme á una nueva derrota y me encerré en mi tienda como el cazador que se ha visto burlado varias veces por una pieza, y se retira, por temor á una decepción mayor.

Este acceso de timidez, de amor propio, de dignidad, de cobardía, llamado como queráis; pues creo que había un poco de todo no podía, sin embargo, durar.

Debía acudir á mi pensamiento (y al pensamiento de cualquiera cualquiera que se hallase en mi lugar) á idea de que no debía resignarme con mi triste suerte sin haber dado una batalla decisiva. La noche de mi derrota combatí á mi enemigo que estaba en guardia. El cerrojo, caído de repente sobre la alfombra, anunció mi próxima llegada, como una detonación, oída en las trincheras, anuncia á los sitiados un próximo ataque.

Paula, pues, habíase armado de punta en blanco, preparando sus baterías, y, cuando cometí la imprudencia de aparecer, disparó todas las piezas y caí magullado bajo sus fuegos. Tratábase esta vez, de sorprender durante la noche al enemigo, cuando durmiese y se hubiese despojado de sus armas y todos sus aprestos guerreros.

Estaba decidido á no conceder ni gracia ni cuartel; á no dejarme enternecer ni por sus gritos, ni por sus amenazas, ni por sus ruegos; á mostrarme resuelto y enérgico en cuanto cabe; y á conseguir una de esas victorias, tan brillantes y decisivas que la historia perdona siempre al vencedor los ardidés de guerra que empleó para lograrla.

No sin cierta emoción, ví aproximarse la hora fijada por mí para la gran batalla; pues sabía que ésta tendría una importancia capital. Cuando dos adversarios pelean en campo cerrado, con armas iguales, y á la luz del sol, el vencido no se siente humillado; puede enviar un nuevo cartel de desafío y se le debe admitir. Pero cuando se ataca nocturnamente á un enemigo sorprendido y desarmado, se debe vencer ó renunciar á una lucha imposible.

Así es que no descuidó ningún detalle para asegurarme un triunfo brillante; escogí la hora y llevé mi timidez hasta procurar adivinar la táctica que mi adversario po-

dría oponerme, el género de defensa que pondría en juego y las astucias con que se defendería de mis ardides.

Aquella noche, mi mujer se retiró á eso de las once: imitéla y pasé á mi gabinete. Estuve durante largo rato esperando á que cesase todo ruido en la casa y á que apagasen todas las luces: después, hacia la una de la mañana, atravesé sigilosamente el salón y entré en la cámara nupcial, sin encontrar el menor obstáculo. La puerta, al cerrarse, no produjo el menor ruido. Una lámpara de luz opaca, suspendida del techo, derramaba alrededor mío una luz tenue y misteriosa. Mis miradas se fijaron en el lecho.

Paula dormía. Su cara estaba vuelta hacía mí; uno de sus brazos, desnudo, curvado graciosamente, descansaba sobre la almohada. La sábana, que la cubría de una manera imperfecta, hacía que se dibujasen todos los contornos de un cuerpo admirable. Pero no insistamos por adelantado: con el traje propio de aquellas horas, en pie en medio de la alcoba, expuesto á cojer un constipado, me pareció el momento poco oportuno para entretenerme á mirar á mi mujer tendida voluptuosamente en mis dominios.

¿No debía yo recóncuistarlos lo más pronto posible é instalarme allí como dueño, antes que despertase la usurpadora?

Me decidí á tomarlos al asalto. Esto no era cosa fácil; la cama era una de esas buenas y elevadas camas, que tanto gustaban á nuestros abuelos, y á las cuales no era tan fácil subir.

Tenía pues que dar una zancada; pero como obedecía á un plan determinado de antemano, no podían detenerme obstáculos.

De pronto, cuando mi pierna derecha había ya franqueado los listones de la cama, y buscaba un punto de apoyo en el colchón de muelles, en el que debía reunirse la pierna izquierda; cuando, en fin, estaba hasta cierto

punto suspendido en el aire, oí una carcajada, pero una carcajada tan sonora, que me hizo perder el equilibrio y caer á pies juntillas sobre la alfombra.

Paula no había hecho el menor movimiento; su brazo continuaba rodeando la cabeza, sus piernas se cruzaban graciosamente... pero sus negros y expresivos ojazos, estaban abiertos y fijos en mí, y ¡se reía, reía!

Decidíme, tomé empuje y me lancé al lecho. De un salto me planté al pie de la cama.

Vedme, pues, amigo mío, en semejante postura, con el traje que supondréis, alto como soy, con la cabeza medio oculta entre los cortinajes, y no dudo que me encontráseis bastante ridículo. ¡Y decir que aún tenía que franquear la distancia de los pies de la cama á la cabecera!

Emprendí aquella expedición y Paula seguía riendo. Me encorvé, levanté las ropas de la cama, las volví á extender sobre mí y me tendí cuán largo era. ¡Ah, qué camal! ¡Qué anchísima era! Tanto, que habría podido ocupar mi puesto en ella, sin que Paula tuviese que retirarse; ¡y qué blanda era, y qué buen gusto tuve al comprarla!

Paula ya no se reía; me miraba. Mirábala yo también, pero sin atreverme á moverme de mi sitio. ¿No era dueño de la situación? ¿No tenía asegurada la victoria? ¡Pues bien, no; no la tenía! Estaba yo preparado á todo, excepto al obstinado silencio de mi mujer, y á su glacial impasibilidad. Habíaseme figurado encontrar un adversario que se iba á echar á llorar, insultándome, quejándose y resistiéndose, en fin, y estaba preparado para la lucha y seguro del éxito.

Pero aquellos ojazos que me miraban con obstinada fijeza; aquellos labios cerrados con dureza; aquel cuerpo insensible, inerte, hasta cierto punto inanimado, me dejaron frío. Mi resolución y mi firmeza se desvanecieron. ¡Oh, sabía Paula perfectamente lo que se hacía! La debían haber

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO

"ALFONSO GIRAUD"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

indicado la conducta que debía seguir conmigo en caso semejante. Puede que se la dijera.—«Cuanto más enamorado está un hombre, más fácilmente se impresiona; cuanta más tensión hay en sus nervios, más fáciles son de dis- tender á la menor conmoción nerviosa. Una emoción muy viva puede convertir á un atleta en un niño. Vuestro es- poso os prohíbe cerrar con cerrojo vuestra puerta; obedeced, dejadle penetrar en vuestro cuarto, y dormid comple- tamente tranquila, pues nada tenéis que temer de él. Por sí mismo reconocerá la inutilidad de sus visitas clandesti- nas, quedárase avergonzado y corrido de su derrota, no querrá hacer un papel ridículo á vuestros ojos.»

La persona que se atrevió á decirle esto á Paula, tenía razón. Conocía á fondo las deficiencias de nuestra pobre naturaleza humana, sus desfallecimientos y sus des- alientos.

Desde entonces, no penetré más en el cuarto de mi mu- jer, y, cosa extraña, no me atreví tampoco proferir ni una queja; ¿acaso no tenía sus puertas abiertas de par en par? ¿Le extrañó acaso mi intempestiva visita? No; sólo podía echarle en cara la frialdad del recibimiento; pero esta frialdad, debía yo haberla vencido y no supe hacerlo. Es- taba verdaderamente desesperado. No me quedaba ningun- na esperanza, ningún recurso.

Hablame preguntado otras veces si no sería conveniente confiar mis penas á la señora Giraud, y si podía permitir- me decirla:

—Señora: Cuando me concedisteis la mano de vuestra hija, no lo hicisteis para que viviésemos separados, y lo estamos; usad de vuestra influencia para con ella y haced- la comprender que el matrimonio no es voto de castidad.

Pero ¿qué habría pasado? La señora Giraud hubiera in- terpelado á su hija, y ésta respondido (caso de dignarse contestar, que todo podía ser):

—Mi marido es un calumniador: sí, por un sentimiento de pudor exajerado, le cerré algunos días mi cuarto, dejé

ya de hacerlo. Nada le impide entrar y entra cuando quie- re. Si no se encuentra allí á gusto, culpa suya es y no mía; soy yo la que debía quejarme.

Con esto terminaba la conversación y la señora Giraud nada tenía que replicar. Una sola persona, por su excesiva sutileza, por su experiencia de la vida, originalidad de ca- rácter y, sobre todo, por la verdadera influencia que ejer- cía sobre Paula, hubiera podido dirigirle algunas observa- ciones y hacerla comprender que todas las faltas no eran mías; sino, hasta cierto punto, consecuencia de las suyas. Pero vacilaba antes de mezclar la condesa de Blangy en mis asuntos caseros, y tomarla por confidente en mis des- gracias domésticas. Temía su mordacidad, su carácter bur- lón, los alfilerazos que no dejaría de clavarme y hasta su manera de mirarme con los lentes.

XI

Me equivocaba, sin embargo, la señora de Blangy, á quien me decidí, por fin, un día á tomar por confidente, se manifestó muy buena para conmigo. Me permitió que la contase de la manera más completa mis infortunios, y no consintió que me olvidase ni de un solo detalle. Lejos de parecer cansarse con mis relatos, parecía escucharlos con agrado y, hasta cierto punto, comp'acerla y, cuando hube terminado, me dijo:

—Estaba un poco prevenida en contra vuestra, pero ahora me sois sumamente simpático.

Di á estas palabras una sencilla explicación: — Amiga íntima de mi mujer,—me dije:—la señora de Blangy habrá podido temer que Paula no trasladase á mí todo el cariño que antes le tenía. Mis confidencias la han iluminado; ella vé bién que yo no soy amado; que Paula dice la verdad cuando dice que la ama siempre y, desapareciendo sus celos, me vuelve su estimación.

Dióme de ella buena prueba, investigando conmigo los motivos que pudieron haberme enajenado el cariño de mi mujer. No encontró ninguno.

Buscamos también un medio hábil que me permitiera sa-

lir de la falsa posición en que me encontraba; pero á pesar de todo su talento, la señora de Blangy no imaginó ninguno. Sin embargo, viome tan desolado, tan abatido, que tuvo piedad de mí y concluyó por decirme:

—Me ausento de París por tres días, pues tengo que marchar al Havre, donde me llaman asuntos de familia. Si consentís en confiarme vuestra mujer, pasaré todo mi tiempo en predicarla que tenga sentimientos mejores, y que aprenda á amaros.

Acepté con reconocimiento y apresurame á noticiarlo á Paula invitándola á que dispusiese su equipaje con prontitud. La idea de este viage pareció agradarla mucho y fue-se á casa de su amiga para fijar de acuerdo con ella el día de la partida. Esta tuvo lugar al día siguiente y yo acompañé á las dos viajeras hasta la estación de la calle de Amsterdam.

—Tengo buenas esperanzas—me dijola señora de Blangy estrechándome la mano en el momento de subir al vagón.—Yo os la devolveré cambiada completamente.

Pero no fué así: el viaje no produjo ningún cambio en mi situación, pero tengo motivos para creer por cierta alteración en los modales de Paula, que señora de Blangy había cumplido su palabra, y que ella había predicado, atormentado á mi mujer, con motivo de mi triste asunto, mas, estaba escrito que nada triunfaría de aquel indomable carácter.

*
**

Fué este el tiempo, mi caro amigo, en que irritado enervado, enfermo, di libre curso á las tiranías de que os he hablado.

En tanto que tuve alguna esperanza, procuraba contenerme, á pesar de mis crisis nerviosas y mi dolencia real. No quería cometer ninguna falta por mi parte, y, si no tenía para con Paula todas las atenciones de un marido amoroso y amado, en cambio, no podía tener motivo de verdadera queja contra mí: disponía de su tiempo á su capricho, visitaba las personas que quería, yo mismo le procuraba buen número de distracciones, y, más de una vez, le había ofrecido algún regalo,

Pero ahora cambió todo. Rehusaba acompañarla cuando quería salir; pretextaba negocios los días que me parecía que tenía deseos de acudir á un concierto ó teatro; no la conducía á ningún salón, y cerré mi puerta á las visitas.

Llegué hasta meterme en las desamparas.

En fin, ¿que quereis? ya no sabia que imaginar.

¡Después de tratar inutilmente ganarla por él amor, probé de rendirla por el hambre!

Paula (debo hacerle esta justicia) no se quejó nunca de mi proceder; no se le escapó ni un reproche, ni una observación. Parecía haberse hecho un deber de estar tan sumisa algunas veces, como estaba altanera otras. Tenía conciencia, sin duda, de sus yerros contra mí y quería expiarlos por la igualdad de su humor y los encantos de su talento, siempre sereno, siempre amable.

Los celos mismos, no hicieron presa sobre esta implacable serenidad. ¡Sí, los celos! Por que desesperado de mi causa, quise volver celosa á Paula.

¡Estais loco!—me diréis. Estamos enteramente de acuerdo. Casado, tomé una querida, una querida con título, yo que siendo soltero; solo tuve algún *lio* (si les puedo llamar así) de lo más pasagero y misterioso que darse puede. Tuve que soportar pues, que una famosa entretenida, ó quien todo París conocía, se dignase corresponderme. Se lo suplí que encarecidamente. Hacia que me escribiese á mi casa y le mandaba mis cartas por un doméstico. Pagué un día,

de sobremesa y delante de Paula una cuenta de seis mil francos por un par de pendientes con brillantes, que regalé días antes á la señorita X.. En fin, amigo mío, llegué á dormir fuera de casa.

Observareis acerca de este particular, que mi mujer no podía fijarse en esta última maniobra. Perdonad; procuraba volver lo bastante tarde posible, con tanto ruido, que toda la casa se enteró de mi inmoralidad. Resulté un cínico. ¡yo!

Creereis que Paula, desde el día de mis bruscos modales, hacia algo parasignificar su resentimiento. Nada de eso; jamás estuvo tan amable y complaciente y tanto como ella ganaba en mansedumbre, más me enpeñaba yo en incomodarla, en excitarla, en intentar de cualquier manera sacarla de su apatía.

Creí encontrar un medio de desagradarla y obligarla, pensaba yo, á pedirme tregua: consistía este separarla de su querida amiga la señora de Blangy, en casa de la cual, después que yo afecté despreciarla, pasaba todas las tardes y casi todas las veladas.

Un día, en el momento que ella se preparaba á salir, la interpele diciendo:

—¿Donde vais?

—Como de costumbre, un momento á casa de mi madre, y luego á casa de Berta.

—Me parece que vais demasiado á casa de la señora de Blangy.

Volvióse vivamente y respondiome:

—¿Y por qué?

—Porque...

Buscaba alguna excusa no sabiendo que decirla.

—Porque—continué— la sociedad de la condesa no os conviene en modo alguno; es demasiado... mundana para vos.

—¡Berta mundana! Apenas recibe visitas, devuelve las menos posibles, y jamás vá á las *soirees*.

—Evidentemente. Ella no se encontraría á gusto en los salones; su posición de mujer divorciada, de casada... que no lo es, le crea un posición difícil.

—¿No sabe todo el mundo que la culpa es de su marido?

—No; muchos lo dudan; yo, por ejemplo. La experiencia me ha demostrado, que en ciertas desavenencias domésticas, las primeras faltas provienen de la mujer. Lo he reflexionado con madurez, la amistad de la señora de Blangy, puede perjudicar á una joven como vos, una doncella, digámoslo así.

—Os habeis tomado bastante tiempo para observarlo —dijo Paula sin tener en cuenta mis alusiones.

—Quizás me hubiese pasado inadvertido, sin vuestra cruel conducta para conmigo.

No se dignó fijarse en esta última y directa alusión.

—Creía—dijo—que la condesa era vuestra amiga.

—Lo es mucho vuestra, para que pueda serlo mía

—Lo que no os ha impedido pedirle algún favor especial.

—No me lo ha hecho.

—No dependía de ella.

—Tanto peor. Una mujer de su experiencia, de su edad, y posición, debía tener más influencia sobre vos.

—Tiene mucha.

—Entonces la emplea mal, y dejenera en dañosa.

Decididamente, quería conmover á Paula, por la primera vez me salía bien. A cada réplica suya, crecía mi valor. Podía creer que había yo tocado la cuerda sensible; su amistad por la señora de Blangy su temor de perderla, quizás la obligarían á capitular.

Al cabo de un rato, interpeleme:

—¿Y que consecuencia sacáis de todo lo que me habeis indicado?

—¡Oh!—contesté decidido á dar el golpe bruscamente

—una consecuencia muy sencilla, no vereis más á la condesa.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Y si no quiero obedeceros?

—Os obligaré á ello.

—¿De que manera.

—Sencillamente: lo primero será dar orden á mis criados que no reciban á la señora de Blangy, y, ellos me obedecerán.

—No lo dudo. Pere si no la veo aquí, puedo verla su casa.

—Error.

—¿Pretendeis tenerme presa acaso?

—Ni soñarlo.

—¿Entonces...?

—Iré simplemente, á casa de la condesa y la diré: Os ruego, señora, que ceséis toda relación con mi muger.

—¿Y si rehusa?

—No puede rehusar. Su posición de mujer divorciada la obliga á grandes miramientos. No ignora tampoco que no tardaría en ser blanco de la opinion pública, si se trasluciese que, contra la voluntad del marido, continua recibiendo en su casa, á una mujer casada. En la buena sociedad existen ciertos usos y leyes de las que nadie puede sustraerse, sopena de caer en espantoso ridículo.

Paula comprendió, sin duda, la justicia de mis razones y guardó silencio.

Rompió al cabo de un buen rato para decirme:

—¿Puedo, por lo menos, hacer mi última visita á la señora de Blangy, para comunicarla vuestra voluntad y expresarla mi sentimiento por esta separación?

—¡Ya lo creo!—la dije conmovido á mi pesar por su sumisión.

Cuando se marchó, pensé que esta solo era aparente. Paula, sin duda alguna, iba á consultar con la condesa, para